



la Provenza. Carlos no disminuyó nada de su ardor para esta empresa, á pesar de los escrúpulos de Borbon, que por una delicadeza que no podia esperarse del papel que habia tomado rehusó positivamente reconocer los derechos de Enrique á la corona de Francia, y por cuyo medio libertó á éste de todos los empeños que habia contraído.

El ejército del emperador para esta expedicion no pasaba de diez y ocho mil hombres, cuyo mando fió el marqués de Pescara, con orden de diferir en todas sus operaciones al dictámen de Borbon. Pescara pasó los Alpes sin resistencia; entró en Provenza y puso sitio á Marsella. Borbon queria marchar en derechura á la ciudad de Leon, porque sus tierras estaban en sus inmediaciones, y que por esta razon gozaria allí de un crédito más eficaz y extenso; mas el emperador anhelaba tanto la posesion de un pueblo, que le asegurára en todos tiempos una entrada fácil en Francia, que su autoridad prevaleció esta vez sobre el parecer de Borbon y determinó á Pescara á considerar la rendicion de Marsella como su objeto principal. Francisco, que previó bien el designio del emperador, pero que no se hallaba en estado de ganarle por la mano, se dedicó á tomar las medidas más oportunas para desbaratarlo. Taló el país adyacente, á fin de quitar á los enemigos los medios de subsistir; arrasó los arrabales de la ciudad; añadió nuevas fortificaciones á las antiguas y metió en la plaza una buena guarnicion mandada por oficiales bravos y experimentados. Nueve mil habitantes, á quienes el miedo de caer bajo el yugo español hizo despreciar el peligro, se unieron á la guarnicion y se armaron para defender la plaza. Su valor y habilidad triunfaron de toda la ciencia militar de Pescara y de la actividad del resentimiento de Borbon. Durante este intervalo Francisco tuvo todo el espacio de tiempo de juntar un ejército numeroso bajo de los muros de Avignon, y cuando avanzó hácia Marsella, los imperiales, agoviados por las fatigas de un sitio de cuarenta dias, debilitados por las enfermedades y próximos á faltarles provisiones, se retiraron precipitadamente á Italia.

Si Carlos y Enrique hubieran atacado á Fran-

cia durante estas operaciones del ejército de Provenza conforme lo habian proyectado, este reino habria corrido el mayor riesgo. Mas en esta ocasion, como en otras muchas, el emperador vió que sus rentas no eran proporcionadas á la grandeza de su poder ni á la actividad de su ambicion, y la falta de dinero le forzó, aunque á pesar suyo, á estrechar su plan y á dejar siempre la mitad de él sin ejecucion. Enrique, ofendido de la repulsa de Borbon en reconocer sus derechos á la corona de Francia, ó asustado por los movimientos de los escoeses, quienes, á solicitacion del rey de Francia se habian determinado á marchar hácia las fronteras de Inglaterra, y no estando ya ejercitado por su ministro Wolsey, que se habia resfriado en extremo á favor de los intereses del emperador, no tomó ningunas disposiciones para auxiliar esta misma empresa, que habia adoptado al principio con todo el ardor que le inspiraba siempre un proyecto nuevo.

Si el rey de Francia se hubiera contentado con haber preservado á sus vasallos de las consecuencias de esta invasion formidable, y con haber mostrado á la Europa cuántos recursos le suministraba la fuerza interior de sus estados para rechazar los ataques de un enemigo, ayudado de los talentos y esfuerzos de un súbdito poderoso y rebelde, habria finalizado con honor la campaña, no obstante la pérdida del Milanés. Pero este príncipe, dotado del valor de un soldado más bien que del de un general, arrastrado por su ambicion, y á quien su carácter llevaba á la temeridad más que á la prudencia, se dejaba demasiado fácilmente deslumbrar por las victorias y seducir por toda empresa que pedía ánimo y que presentaba grandes riesgos. La situacion de sus negocios á la sazón, le ponía á la mano naturalmente un intento de esta casta. Se encontraba al frente de uno de los ejércitos más poderosos y mejor mantenidos que jamás hubiera levantado la Francia: no pudo resolverse á licenciarlo sin haberlo empleado en algun servicio activo. El ejército imperial se habia visto obligado á retirarse; las fatigas lo habian casi arruinado; el mal éxito, desmayado; el Milanés estaba indefenso; no era imposible entrar en él antes que

CAPÍTULO IX.

Carlos V se determina á atacar á la Francia.—Los imperiales entran en Provenza.—Consternacion general en Francia.—Sublevacion del ejército imperial.—Francisco es conducido prisionero á España.—Tratamiento riguroso que experimenta.—Inquietud de Carlos.—Tratado de Madrid.—Casamiento del emperador.—Insurreccion de Turingia.—El papa es sitiado en el castillo de San Angelo.—Soliman entra en Hungria.—Progresos de la reforma.

Los italianos no dudaban que la derrota de los franceses arrojados á un tiempo del Milanés y del Genovesado, terminaria la guerra que traian el emperador y el rey de Francia y como no veian otra potencia capaz de contrarrestar á aquél en Italia, comenzaron á asustarse por el acrecentamiento de sus fuerzas, y á desear con ardor la vuelta de la paz. Contentos con haber proporcionado á Sforzia la restitucion de sus estados hereditarios, objeto que habia sido el principal motivo de su alianza con Carlos, dejaron ver su ánimo de no contribuir por más tiempo á aumentar la superioridad que habia adquirido sobre su rival, y que comenzaba á excitar su envidia. El papa especialmente, que por la timidez genial de su carácter desconfiaba más de la ambicion de Carlos, procuró por el ministerio de sus embajadores y por sus representaciones, inspirarle sentimientos de moderacion y disponerle á la paz.

Pero el emperador, embriagado con sus victorias, excitado por Borbon, que buscaba ocasion de vengarse, y arrastrado violentamente por su propia ambicion, despreció las advertencias de Clemente, y declaró que habia tomado su resolucion; que iba á mandar á su ejército pasar los Alpes y acometer á la Provenza, en la que su rival recelaba ménos un

ataque y estaba ménos preparado á sostenerlo. Sus ministros, más experimentados, se esforzaron á disuadirle de este intento, representándole la debilidad de su ejército y la penuria de su tesoro; mas contaba con el socorro del rey de Inglaterra; además, Borbon, lleno de aquella confianza y presuncion naturales á los desterrados, le prometia que un cuerpo numeroso de sus partidarios se juntaria á las tropas imperiales desde el instante que entraran por tierra de Francia. Carlos, deslumbrado por estas esperanzas, persistió obstinadamente en su designio. Enrique se encargó de suministrar diez mil ducados para subvenir á los gastos de la expedicion en el primer mes, espirado el cual se reservaba la eleccion de continuar pagando la misma suma todos los meses, ó de entrar en Picardía á fines de Julio con un poderoso ejército. El emperador, por su parte, se obligó á invadir al mismo tiempo la Guyenne con un cuerpo de tropas considerable, y si se lograban estas intenciones, Borbon debia recuperar las tierras que habia perdido, y además posesionarse de la Provenza con título de rey, prestando homenaje de sus nuevos estados á Enrique como á legitimo soberano de Francia.

De todas las partes de este plan tan vasto y extravagante, sólo se plantificó la invasion de



Pescara pudiera llegar allí con las reliquias de su ejército; el terror, precipitando la huida de este ejército, debía imposibilitarlo más de apostárselas con tropas de refresco y numerosas, y desde entónces Milán se veía en precisión de someterse sin resistencia, como lo había hecho en muchas ocasiones, al enemigo que probára á atacarlo. Estas conjeturas eran por sí mismas bastante plausibles: parecieron decisivas al fogoso Francisco. En vano sus más prudentes ministros y generales le representaron el peligro de salir á campaña en estacion tan avanzada, con un ejército compuesto por la mayor parte de suizos y alemanes, á cuyos caprichos se vería obligado á prestarse en todas sus operaciones, y sin tener otra fianza que su fidelidad. En vano Luisa de Saboya se apresuraba á grandes jornadas á llegar á la Provenza para emplear todo su valimiento en apartarle de designio tan temerario. [Francisco apreció en poco las representaciones de sus súbditos, y para ahorrarse el desagrado de una conferencia con su madre, cuyos consejos estaba bien resuelto á desechar, se puso en camino ántes que llegára; mas para reparar de algun modo esta falta de atencion, la nombró regenta del reino en su ausencia. Bonnavet no contribuyó poco con sus consejos á afianzar á Francisco en su resolucion. Este favorito, con todos los defectos de su amo, era movido por la impetuosidad de su carácter á apoyar con fuerza esta empresa: estaba impaciente además por rever á una dama milanese que le había cautivado violentamente el corazon en su última campaña, y se pretende que con las pinturas halagüeñas que hacia á Francisco de la belleza y gracias de su cortejo, había inflamado el alma de este príncipe, siempre abierta á las impresiones del amor, y le había infundido igual ansia de verla.

Los franceses pasaron los Alpes por el monte Cenis, y como el éxito dependía de su diligencia, marcharon á jornadas dobles. Pescara, que se había visto forzado á tomar un camino más largo y difícil por Monaco y por el Final, fué informado al instante de su designio: convencido de que la presencia de sus tropas podría únicamente salvar el Milanés, caminó con

tanta celeridad que llegó á Alba el mismo día que el ejército enemigo tocaba en Verceil. Francisco, instruido por el yerro que había cometido Bonnavet en la primera campaña, se enderezó á Milan. La aproximacion inopinada de un enemigo tan poderoso turbó y consternó á la ciudad, tanto que Pescara, que había entrado en la plaza con la flor de sus tropas, conoció la imposibilidad de defenderla con buen éxito; y despues de haber guarnecido á la ciudadela, salió por una puerta, mientras los franceses entraban por otra.

La prontitud de la marcha del rey de Francia desconcertó todos los planes de defensa que los imperiales habían formado. Jamás generales no habían tenido que resistir invasion tan formidable y en circunstancias tan desventajosas. Carlos poseía Estados mucho más dilatados que ningun otro príncipe de Europa, y no tenía entónces otro ejército á sueldo que el de Lombardía, que no subía á 16.000 hombres; mas su autoridad era tan limitada en sus diferentes dominios, y sus súbditos, á quienes no podía pechar sin su asenso, mostraban tanta repugnancia á sobrecargarse de imposiciones nuevas ó extraordinarias, que su pequeño ejército se encontró á un tiempo sin paga, sin municiones, sin víveres y sin vestuario. En tales circunstancias, se requeria toda la prudencia de Lannoy, toda la intrepidez de Pescara y el odio implacable de Borbon para estorbar á las tropas imperiales que se entregáran á la desesperacion, y para infundirlas la voluntad y el valor de tentar los arbitrios que les restaban aún para salir de tan estrecho ahogo. A los esfuerzos de su genio y á la actividad de su celo, más bien que á sus propias fuerzas, el emperador debió la conservacion de sus Estados de Italia. Lannoy, empeñando las rentas de Nápoles, se proporcionó algun dinero, que invirtió al instante en proveer á las necesidades más urgentes de las tropas. Pescara, querido y casi adorado de las españolas, las exhortó á mostrar á la Europa, obligándose servir al emperador en esta peligrosa situacion sin pedir su sueldo, que estaban animados por sentimientos de honor muy superiores á los de una tropa mercenaria; y estos bizarros soldados



aceptaron la proposicion con una generosidad sin ejemplo. Borbon, por su parte, dió en prenda sus joyas por una cantidad considerable, y partió al instante á Alemania, en donde gozaba mucho crédito, á fin de acelerar con su presencia la recluta de un cuerpo de tropas al servicio del emperador.

Francisco cometió una falta irreparable en dar á los generales de Carlos tiempo de aprovecharse de todas estas operaciones. En vez de ir al alcance del enemigo, que se retiraba hácia Lodi, sobre el Adda, cuyo puesto no podía mantener y que Pescara estaba resuelto á abandonar al acercarse él, prefirió el dictámen de Bonnavet, aunque contrario al de los otros generales, y fué á sitiar á Pavía, ciudad sobre el Tessino; era á la verdad plaza importante, y cuya posesion le habria abierto toda la fértil comarca que circunda al rio; mas estaba bien fortificada: era arriesgado emprender un sitio difícil en estacion tan adelantada, y los generales del imperio, que conocian la entidad de conservar esta plaza, habían metido en ella una guarnicion de 6.000 soldados veteranos á las órdenes de Antonio de Leyva, oficial de calidad distinguida, de experiencia consumada, de valor tan paciente como activo, fértil en recursos, celoso de sobresalir, acostumbrado desde largo tiempo á obedecer como á mandar, y por consiguiente capaz de sufrir todo y todo intentarlo por salir bien.

Francisco apretaba el sitio con vigor igual á la temeridad que le había movido á emprenderlo. Por tres meses toda la ciencia que podían poseer los ingenieros de aquel siglo, todo lo que puede hacer el valor del soldado, se puso en práctica para rendir la plaza. Lannoy y Pescara, imposibilitados de oponerse á sus operaciones, se veían obligados á permanecer en tan vergonzosa inaccion, que se fijó en Roma un pasquin ofreciendo una gratificacion al que descubriera al ejército imperial, que se había perdido en el mes de Octubre en las montañas que separan á la Francia de la Lombardía, sin haberse recibido desde entónces ningunas nuevas.

Leyva, que conocia todo el apuro en que se hallaban sus compatriotas y su impotencia de

hacer frente en campo raso á un ejército tan poderoso como el de los sitiadores, barruntó que su seguridad dependía únicamente de su vigilancia y ánimo. Dió de una y de otra pruebas extraordinarias y proporcionadas á la entidad de la plaza cuya defensa se le había confiado. Retardaba los aproches de los franceses con salidas frecuentes y vigorosas. Detrás de las brechas que su artillería abría, levantaba nuevas obras, cuya fuerza parecia igual á la de las primeras fortificaciones. Rechazaba á los sitiadores en todos sus asaltos, y el ejemplo que daba alentó, no sólo á la guarnicion, mas también á los habitantes, á aguantar, sin murmurar, las fatigas más excesivas y á arrostrar los mayores peligros. El rigor de la estacion vino á ayudar sus esfuerzos para retardar los progresos de los sitiadores. Francisco probó á señorearse de la ciudad torciendo el curso del Tesino, que la defendía por un lado; mas una imprevista inundacion del rio destruyó en un día la obra de muchas semanas, y arrastró todas las calzadas que su ejército había hecho con trabajos inmensos y gastos enormes.

A pesar de la lentitud del adelantamiento del sitio y de la gloria de que se cubria Leyva por su gallarda defensa, no se dudaba de que la ciudad se vería obligada al fin á entregarse. El papa, que miraba ya el ejército francés como dominante en Italia, se apresuró á romper los empeños que había contraído con el emperador, cuyos proyectos excitaban su envidia, y á entablar amistad con Francisco.

Como la tímida circunspeccion de su carácter le constituía incapaz de seguir el plan atrevido que había formado Leon X, de librar á Italia del yugo de los dos príncipes rivales, volvió al proyecto más fácil y sencillo de emplear el poderío del uno en equilibrar y aterrar el del otro. Con estas disposiciones no disimuló la alegría que le causaba ver al rey de Francia recobrar á Milan, esperanzado de que el temor de tan poderoso vecino enfrenaría la ambicion de Carlos, á quien ninguna potencia de Italia se hallaba á la sazón en estado de contener. Se ocupó con mucho ardor en proporcionar una paz, que asegurara á Francisco la posesion de sus nuevas conquistas; mas Carlos



siempre firme en llevar á cabo sus proyectos, desechó con desden su proposición, y se quejó amargamente del papa, que le habia inducido voluntariamente á invadir el Milanés, siendo todavía cardenal de Médicis. En virtud de su repulsa, Clemente concluyó sin dilación un tratado de neutralidad, comprendida en él la república de Florencia.

Por este tratado, Francisco quitó al emperador dos de sus más poderosos aliados al mismo tiempo que se aseguraba un paso para sus tropas por sus estados: estas ventajas le inspiraron la idea de atacar al reino de Nápoles, y le hicieron esperar que se apoderaría sin dificultad de un país abandonado é indefenso enteramente, ó que á lo ménos esta imprevista invasión forzaría al virey á llamar del Milanés una parte del ejército imperial. Con esta mira, envió seis mil hombres á las órdenes de Juan Stuart, duque de Albania; mas Pescara, previendo acertadamente que el éxito de esta diversion dependería en un todo del de los ejércitos del Milanés, empenó á Lannoy á no poner atención alguna en estos movimientos, y á dirigir todos sus esfuerzos contra el rey de Francia, que, destacando un cuerpo tan considerable, se habia debilitado indiscretamente, y justificaba todavía la tacha con que se le ha tildado siempre de meterse con temeridad en proyectos quiméricos y extravagantes.

En este interin la guarnición de Pavia se hallaba reducida á los últimos apuros: las municiones y los víveres comenzaban á faltarla: los alemanes, que componian su más numerosa parte, no habiendo recibido ninguna paga en siete meses enteros, amenazaron con entregar la ciudad al enemigo; y Leyva, con toda su maña y autoridad, tuvo mucho trabajo en estorbar que se rebeláran. Los generales del imperio, que no ignoraban todo el aprieto de su situación, conocieron la necesidad de marchar sin demora á su socorro: este era el partido más acertado que podian tomar entónces. Doce mil alemanes, á quienes el celo y actividad de Borbon habian hecho volar con celeridad singular, habian entrado en Lombardia á sus órdenes; y juntándose al ejército imperial, casi lo habian igualado en número al francés, dismi-

nuido considerablemente por la ausencia del cuerpo del duque de Albania, y debilitado tambien por las fatigas de un largo sitio y por el rigor de la estación.

Pero cuanto más se aumentaba el número de los imperiales, más se echaba de ver la falta de dinero entre ellos; lejos de tener bastante para mantener ejército tan numeroso, apenas habia con que pagar los gastos del transporte de la artillería, de las municiones y de los víveres. La habilidad de los generales suplió á todo. Por su propio ejemplo, y por las magníficas promesas que hicieron en nombre del emperador, lograron determinar á las tropas de las diferentes naciones de que constaba su ejército á ponerse en marcha sin recibir estipendio; se obligaron á llevarlas en derecho al enemigo y se lisonjearon con la halagüeña esperanza de una victoria cierta, que les brindaba en los ricos despojos del ejército francés, con una amplia recompensa de todos sus servicios. Los soldados advirtieron que, abandonando al ejército, perdian los crecidos atrasos que se les debian, y ansiosos de apoderarse de los tesoros que se les prometian, clamaron por la batalla con toda la impaciencia de aventureros que combaten únicamente por el botín.

Los generales del emperador no se expusieron á dejar entibiar el ardor de sus tropas, y marcharon al instante al campo del enemigo. A la primera nueva de su aproximación, Francisco llamó á consejo de guerra para deliberar lo que se debia hacer. Sus oficiales más experimentados opinaban que se retirara y evitara una batalla contra un enemigo que la buscaba por desesperación. Observaban que los generales imperiales se verian dentro de algunas semanas en precisión de licenciar unas tropas á quienes no podia pagar, y á quienes no contenian sino por la esperanza cercana del pillaje, ó bien que los soldados, irritados de no ver el efecto de las promesas en que se habian fiado, excitarian alguna sedición que no dejara á sus jefes más que el tiempo de pensar en su seguridad. En fin, aconsejaban á su soberano atrincherarse en algun puesto bien fortificado y aguardar allí con tranquilidad la llegada de las tropas de refresco que debian venir de Fran-



cia y de Suiza, porque podria entónces sin riesgo y sin efusión de sangre señorearse de todo el milanés antes del fin de la primavera; mas Bonnavet opinó contrariamente: fué su estrella en toda la campaña consejos funestos á la Francia. Representó la vergüenza de que se cubriera el rey si abandonaba un sitio que habia continuado por tan largo tiempo, ó si huía delante de un enemigo inferior en fuerzas; insistió en la necesidad de aceptar la batalla antes que dar de mano á una empresa cuyo logro decidiría de la fama y gloria de su amo. Por desgracia, Francisco llevaba adelante las ideas del honor á un exceso de delicadeza algo de romance. Como habia repetido á menudo que tomara á Pavia ó que pereciera al pié de sus murallas, se creyó empeñado á cumplir su palabra, y más bien que faltar á este vano punto de honor, sacrificó todas las ventajas que le aseguraba una retirada prudente, y tomó el partido de esperar á los imperiales bajo de los muros de Pavia.

Los generales enemigos encontraron á los franceses tan bien fortificados en su campo que, á pesar de todas las razones que les asistían para acometer sin dilación, titubearon largo tiempo; mas el extremo á que los sitiados se hallaban reducidos y las quejas de sus soldados, los obligaron á correr el trance de una batalla. Jamás dos ejércitos vinieron á las manos con mayor furor; jamás se conocieron más vivamente por las dos partes las consecuencias de la victoria ó de la derrota; jamás los combatientes estuvieron más animados por la emulación, por la antipatía nacional, por un resentimiento mútuo y por todas las pasiones que pueden llevar el valor hasta á su más alto grado. Por un lado, un monarca jóven, lleno de denuedo, auxiliado por una nobleza generosa, seguido de vasallos cuya genial impetuosidad crecía aún por la indignación que les inspiraba la resistencia, combatía por la victoria y por el honor. Por otro, tropas mejor disciplinadas, capitaneadas por generales más hábiles, peleaban por necesidad con un coraje exaltado por la desesperación. Los imperiales no pudieron, sin embargo, resistir al primer esfuerzo del valor francés, y sus más firmes batallones co-

menzaron á ceder; mas la fortuna mudó bien pronto de cara. Los suizos, que servian en el ejército de Francia, olvidando la reputación que su país se habia granjeado por su fidelidad y denuedo, desampararon cobardemente su puesto. Leyva hizo una salida con su guarnición y atacó en lo recio del combate á la retaguardia del enemigo tan furiosamente, que la desordenó; Pescara, cayendo al mismo tiempo sobre la caballería francesa con la suya, en la que habia interpolado con habilidad gran número de soldados de infantería españoles, armados con mosquetes pesados, de que se servian entónces, rompió aquel cuerpo formidable por un nuevo método de ataque que los franceses no esperaban. La derrota se convirtió en general; no habia casi más resistencia que en el sitio en que se hallaba el rey; y éste no peleaba ya por el honor ó por la victoria, sino por su propia seguridad. Debilitado por muchas heridas que habia recibido, y echado á tierra de su caballo, que habia caído muerto debajo de él, se defendía aún á pié firme con denuedo heroico. Muchos de sus más bizarros oficiales se habian juntado alrededor de él, y haciendo esfuerzos increíbles por salvar la vida de su rey á costa de las suyas, caian sucesivamente á sus piés. De este número fué Bonnavet autor de esta gran calamidad, y el único cuya muerte no fué sentida. El monarca, rendido de cansancio, no pudiendo ya defenderse, se encontró casi solo, expuesto á todo el furor de algunos soldados españoles á quienes irritaba la resistencia obstinada de este guerrero, cuya calidad ignoraban. Llegó en este momento Pomperant, caballero francés, que habia entrado con Borbon al servicio del emperador, y que, poniéndose al costado del monarca, contra quien se habia rebelado, le protegió de la violencia de los soldados, suplicándole al mismo tiempo que se rindiera al duque de Borbon, que no estaba muy lejos. Francisco, á pesar del peligro urgente que le rodeaba por todas partes, desechó con ira la idea de una acción, que habria sido objeto de triunfo para un vasallo rebelde; mas habiendo divisado á Lannoy, que se halló por casualidad inmediato á él, le llamó y le entregó su espada. El general, ar-